



MALIGNOS
Y MACABROS

22 relatos para tener pesadillas



Stephen King
Ramsey Campbell
y otros

Introducción de T.E.D Klein

Una recopilación maravillosamente perversa de relatos en los que el sexo y el terror se dan la mano. O, mejor dicho, donde el sexo muestra su lado más tenebroso y abominable, revelando facetas inimaginables. Recuérdese que la pulsión sexual es instintiva, que el amor sólo es una sublimación cultural de esa energía ancestral, que los sentimientos románticos no son más que una coartada de la civilización para autopreservarse, que primariamente el hombre es un depredador insaciable, que la búsqueda del placer sexual es el fin último de nuestras acciones. Y cuando ese placer no halla satisfacción, cuando ese instinto irreprimible no encuentra cauce ni salida, ¿qué puede ocurrir? ¿Estamos dispuestos a asumir lo que realmente puede ocurrir si los mecanismos sociales fallan y la presa de ese inmenso deseo que nos atrae y repele se desborda inconteniblemente? **Stephen King** y otros maestros del género nos ofrecen un escalofriante catálogo de respuestas a esta inquietante pregunta.

*Este libro está dedicado a la memoria
de Jim Thompson (1906-1977)
y Robert Bloch (1917-1994),
pioneros del camino*

LOS EDITORES

Deseo expresar mi agradecimiento a Bill Malloy de *Mysterious Press* por su inestimable ayuda, y a Joe R. Lansdale por haberlo propuesto.

NANCY A. COLLINS

INTRODUCCIÓN

No hay escondite seguro en este territorio de la narrativa, en el cual se dan cita el deseo apasionado y el miedo morboso, convergen el éxtasis y la agonía, y eros y el mal engendran un horror impío. Póngase en manos de estos veintidós maestros del terror y tome buena nota de la nueva definición que dan del hecho de estar perdidamente enamorado.

Stephen King pocas veces ha resultado tan escalofriante como en el relato inédito que aquí presentamos. En esta ocasión nos invita a un banquete en el que la pasión acaba convirtiéndose en dolor y los platos del día se sirven crudos y ensangrentados. John Peyton Cooke le mostrará el infierno en que se puede convertir una relación entre una sádica ingeniosa y un masoquista insaciable. Tome un baño desnudo junto con Richard Clayton en un lago mortalmente divertido y vea cómo un adolescente se sumerge por vez primera en las aguas del sexo salvaje. Acompañe a Kathe Kojá en un baile de perdición y compruebe cómo una preciosa bailarina es presa de una ansiedad que ningún amante puede satisfacer.

Esto no es más que una pequeña muestra de las escalofriantes sorpresas que deparan estos aterradores relatos sobre los placeres más perversos e inauditos. En ellos encontrará una mujer que consigue vivir sus fantasías más ocultas, una esposa cuyo rapto la convierte en una desenfrenada adicta al erotismo, un hombre que lleva a cabo un devastador cambio de identidad, una madre y una hija inmersas en un aterrador juego de predominio sexual, un diseñador de

modas que confecciona un vestido pavoroso; y otros relatos que nos muestran que no hay fronteras entre el amor y el terror.

Nancy A. Collins, cuyo apasionante relato *Paredes delgadas* se incluye en esta colección, es autora de varias obras de terror que han tenido una calurosa acogida. Entre ellas cabe destacar *Sunglasses After Dark* y *Wild Blood*.

Edward E. Kramer y Martin H. Greenberg son dos antologistas de prestigio y los encargados de la edición de las colecciones *Grails*, con las cuales han cosechado grandes éxitos. Greenberg ha sido galardonado recientemente con el premio Ellery Queen por su labor como editor.

PRÓLOGO

Hay una pregunta que me gustaría hacer a los escritores de este libro: ¿realmente dejáis a vuestros padres leer esto? Lo pregunto porque, si bien sois bastante agradables (al menos la mayoría de vosotros, si uno os encuentra un buen día), los relatos que presentáis no lo son. Unos son sangrientos y otros repugnantes, y ninguno proporciona el menor consuelo.

De hecho, los relatos reunidos en este libro se internan audazmente en lo que, allá por los años veinte, otro escritor inquietante denominó «regiones psicológicas muy extrañas». El escritor era aquel viejo maestro, Arthur Machen, y se refería a uno de sus primeros relatos, *La gente blanca*, probablemente la obra más atrevida que escribiera jamás y sigue siendo uno de los mejores relatos de terror escritos en inglés. «El relato contiene —decía Machen con irónica moderación— algunas de las cosas más curiosas que haya escrito o llegue a escribir jamás. Se adentra, valga la expresión, en regiones psicológicas muy extrañas». Y se negó a seguir hablando de ello, como si el relato le turbara incluso a él.

Estas veintidós crónicas de amor y terror se aventuran en regiones igualmente extrañas, sólo que de una manera más explícita y, en buena medida, bastante menos considerada. Aunque nunca se han concedido medallas al valor extraordinario a un simple escritor, los aquí reunidos se merecen algún tipo de reconocimiento por la absoluta audacia y decisión con que han entrado en un territorio manifiestamente peligroso dejándose llevar por sus fantasías persona-

les. Los relatos incluidos en este volumen no respetan ni tabúes ni el buen gusto. El objetivo de muchos de ellos es escandalizar, y bastantes lo consiguen. Cualquiera que sea la reacción del mundo a su lectura, una cosa es cierta: no serán adaptados a la televisión.

Sin embargo, no cabe duda de que su centro de atención es el amor humano de toda la vida. Incluso podría decirse que son, a su extraña manera, románticos, en el supuesto de que tengan algo de romántico (por tomar sólo tres ejemplos) la necrofilia, la piromanía y una pasión no correspondida por un insecto de dos metros y medio de largo.

Pero ¿por qué no habría de ser así? Incluso en la vida real el amor puede adoptar formas muy extrañas. Por ejemplo, cuando apenas habían pasado unos minutos desde que había acabado de leer estos relatos, dieron por la radio la noticia de que en 1964 un hombre de Ohio había llevado en coche a Toledo a una joven de dieciocho años. Al parecer se enamoró de ella durante el camino. ¿Romántico? Espere y verá.

El hombre no volvió a ver a aquella joven hasta pasados treinta años. Pero la semana pasada, mientras leía el periódico, vio casualmente su nombre en la nota necrológica de su madre y consiguió localizarla. Ahora ella es una mujer madura de cuarenta y un años de edad, claro está. Según la nota informativa, el hombre le envió cuatro docenas de rosas y un montón de cartas; para ser exactos, las cartas que le había escrito en los treinta años transcurridos. Cuando la policía registró su casa, encontró todos los regalos de Navidad y cumpleaños que, con una fidelidad digna de admiración, le había comprado año tras año durante tres décadas.

La policía, en efecto. Al parecer la mujer había obtenido una orden de protección contra aquel individuo, que actualmente se encuentra detenido por «merodeo con fines delictivos».

Aun así, se trata de una historia romántica, como ya he dicho. Y completamente humana. Todos podemos identificarnos con ella, unos con la mujer y otros con el merodeador.

Tomemos, si prefieren, un ejemplo más sublime: el autor de la *Divina Comedia*. Dante tenía apenas nueve años cuando vio por primera vez a Beatriz en la calle («En aquel momento —escribiría después— francamente he de decir que el espíritu de la vida, que reside en la estancia más secreta del corazón, empezó a temblar con tal violencia que tuve el temor de que estuviera dando sus últimos latidos...»), y tuvieron que pasar nueve años más para que se atreviera a cruzar una palabra con ella. No obstante, estos escasos encuentros fortuitos eran todo lo que necesitaba, ya que se pasó el resto de su vida celebrando su amor por el «ángel más hermoso del cielo», con el cual apenas había hablado.

Ya que estamos en ello, daré otro ejemplo de amor romántico: el del artista Rockwell Kent. En 1929 estaba paseando por un solitario pueblo pesquero de Terranova cuando, según dice, vio «la cara de una muchacha en una ventana. Fue sólo un momento. Me daba vergüenza mirarla fijamente. Pero, ¡ah!, pensé, cuan hermoso sería vivir aquí y no tener que irse jamás... ¡Jamás!». Cuando al día siguiente Rockwell Kent se hizo a la mar, «pensé que nunca volvería a ver a la muchacha de la casa cuadrada que había en la curva del camino».

Así fue, caramba. Sin embargo, años después aún soñaba con ella.

Pues bien, la única diferencia que hay entre estas historias y los relatos románticos que se incluyen en este libro es que, en éstos, la muchacha de la ventana tendría la cara desfigurada y sostendría un cuchillo entre los dientes. Dante tendría orgasmos mientras le abría la cabeza a Beatriz a golpes, y el objeto del cariño del hombre de Ohio estaría muerta a sus cuarenta y un años. ¿Digo sólo muerta? No.

Probablemente su cuerpo estaría esparcido por el camino de Toledo a Tacoma.

Esto no tiene la menor importancia, claro está. Cada uno a lo suyo y todos perfectamente humanos... No hay amor sin obsesión, parece decirnos este libro, y, en efecto, la obsesión es el lema subyacente en todos los relatos. Si el amor está presente, ¿puede estar muy lejos la locura?, se nos pregunta. Locura homicida habrá que precisar, ya que, si algo queda dolorosamente claro tras la lectura de estos relatos es que en el fondo, en el fondo del todo, el amor y la violencia están unidos tan inextricablemente como nuestras madres y la tarta de manzana. (Y conste que esto lo dice una persona cuya madre no ha hecho una tarta de manzana pasable en toda su vida).

El origen del miedo en estos relatos es, fundamentalmente, el mismo que en todos los relatos de terror: el miedo al Otro. Sólo que en este caso el Otro guarda un notable parecido con nosotros. Él o ella podría ser un autoestopista, un ligue de bar o un extraño con pajarita en una cafetería concurrida. Él o ella podría ser también nuestro compañero de trabajo o quizá una persona que hemos deseado en secreto o nuestro vecino, tanto da si vive al otro lado de la calle como al otro lado de una delgadísima pared. Él o ella podría ser nuestro amante o nuestra esposa.

Es una idea perturbadora, aunque en letra impresa resulta gratamente intrigante. Hará unos veinte años, mientras intentaba editar una revista de literatura gótica (se titulaba *Rosebud* y dejó de publicarse antes incluso de su lanzamiento), descubrí un artículo de un especialista en el que se analizaba la popularidad de la que gozaba ese género en concreto. Recuerdo que tenía un título maravilloso que resumía el atractivo fundamental que ofrecen no sólo las historias del género gótico sino también una gran parte de la narrativa de suspense comercial: «Alguien quiere matarme y creo que es mi marido».

¿Quién sabe? Quizá sea él. Los maridos están siempre asesinando a sus esposas (y a sus ex esposas) y éstas les devuelven el favor. Incluso podría darse el caso de que un atractivo astro del fútbol americano que se hubiera dedicado al cine después de retirarse (estoy hablando hipotéticamente, claro está) se convirtiera en un verdadero psicópata a causa de los celos. Los relatos de este libro nos recuerdan una verdad aterradora aunque fundamental: nuestra comprensión del prójimo es sin lugar a dudas limitada. Nunca podemos saber con certeza qué hay en la mente de una persona. Nunca podemos saber qué demonios se agazapa detrás de sus ojos. Si se combinan la tensión, la historia familiar y la mezcla de esperanza y angustia adecuadas (o quizá la serie de provocaciones que la moderna vida urbana tan abundantemente nos depara), cualquiera de nosotros podría llegar a perder el juicio y caer en el abismo de la psicosis.

Yo mismo he vivido esta experiencia. Recuerdo que una vez estaba paseando por la calle poco después del amanecer tras pasar una larga noche de insomnio a causa de una fracasada relación amorosa, cuando noté que una mujer que acababa de pasar me observaba de una manera extraña. De pronto me di cuenta de que iba hablando conmigo mismo, pero que no me importaba.

No sentí ni una pizca de azoramiento. Los problemas que me preocupaban me parecían mucho más importantes que lo que pudiera pensar una desconocida. Cuando ahora pienso en ello, tengo muy claro que en aquel momento estaba loco, chiflado, como para que me encerraran...

¿Podría volver a ocurrirme? Por supuesto. Como podría ocurrirles (sólo que acarreado unas consecuencias mucho más alarmantes) a los ciudadanos de aspecto inofensivo con los que nos topamos todos los días en la calle. Es posible que a ellos ya les falte un tornillo. Es posible que estén, tal como sombríamente sugirió Machen en una ocasión, «acechando en medio de nosotros, codeándose con una

humanidad ataviada con finas telas y levitas, salvajes como si en realidad fueran lobos y presa de las repugnantes pasiones de los pantanos y las cavernas».

Aún mas letales (al menos en potencia) son aquellas personas que conocemos íntimamente, ya que somos vulnerables. Los terapeutas aseguran que esto es una bendición, pero somos muchos los que no estamos muy seguros de ello. La vulnerabilidad da miedo. Refiriéndose a la película *Psicosis*, un crítico indicaba que la secuencia de la ducha es tan impresionante porque explota «uno de los momentos arquetípicos de la vulnerabilidad humana». Pero no cabe duda de que hay muchos momentos semejantes: ir en ascensor con un desconocido, utilizar unos aseos públicos, recoger a un autoestopista y, sobre todo, meterse en la cama con otro ser humano, incluso si uno piensa que lo conoce bien.

Es esta azarosa característica de los encuentros sexuales (la sensación de absoluta vulnerabilidad que nos infunden) lo que alimenta el terror en este libro. Iba a decir, quizá con excesiva ligereza, que el terror hace que se formen parejas extrañas, pero estos relatos nos enseñan que en el fondo todas las parejas son extrañas.

El dormitorio oculta otros peligros, por supuesto. Como estampas de la vida contemporánea, la mayoría de estos relatos aluden de una u otra manera a la omnipresente amenaza del sida. Pero en realidad los virus están fuera de lugar en este caso. Los relatos demuestran que, como muchas otras cosas, el sexo no es seguro, tanto si se lleva preservativo como si no. Nunca lo ha sido. Y tampoco es bonito. He de advertir que, salvo excepciones, las descripciones del acto sexual que se ofrecen en estos relatos y de las personas que en ellos aparecen (con sus temores y sus deseos, sus fantasías y sus necesidades, su carne inevitablemente mortal y sus órganos reproductivos, que son sometidos a una implacable observación) son tan desasosogantes, tan devastadoramente poco halagadoras (tanto si es un escritor

como si es una escritora quien la hace) que bastan para que el más pintado se largue a un monasterio sin pensárselo dos veces. Olvídense del salitre y de las duchas frías; los relatos que aparecen en este volumen constituyen un argumento más convincente para optar por la abstinencia sexual que cualquier cosa que le haya oído recomendar a su médico, su analista o su sacerdote.

De hecho es posible que, entre el peligro mortal y el puro asco, este libro tenga un efecto saludable en el problema del crecimiento demográfico. Aquí encontrará relatos concebidos para que al lector le invada el asombro, se le ponga carne de gallina o le entren ganas de soltar una carcajada, pero no para que tenga una erección. (En efecto, también hay humor en estos relatos, qué duda cabe, aunque del más negro. La risa más fuerte que uno oye son las siniestras carcajadas de los autores). Al igual que las segundas nupcias han sido denominadas «el triunfo de la esperanza sobre la experiencia», en estos relatos se plantea un desafío parecido: si al acabar su lectura, todavía se siente con ganas de hacer indecencias con otro ser humano, habrá triunfado la biología sobre la imaginación. En caso contrario (y desde luego espero que así sea), por favor, preste atención a una última advertencia, fruto de que yo mismo me haya sumido sin contemplaciones en las páginas de este libro. Obedezca, si es preciso, las famosas palabras con que acaba *La cosa* («No deje de observar el cielo») y no tenga reparos cada noche en mirar, si así lo desea, debajo de la cama. Mientras tanto, y para mayor seguridad, no pierda de vista algo que le queda todavía más cerca, algo que se encuentra a medio camino entre el suelo y el cielo: esa cosa eternamente misteriosa que yace en la cama a su lado.

T. E. D. KLEIN



ALMUERZO EN EL RESTAURANTE GOTHAM

STEPHEN KING

Un día llegué a casa y encontré una carta (o una nota, más bien) de mi esposa sobre la mesa del comedor. En ella me decía que me dejaba, que necesitaba pasar una temporada sola y que ya recibiría noticias de su terapeuta. Me senté en una silla en la parte de la mesa que queda más cerca de la cocina y leí el mensaje repetidas veces, incapaz de darle crédito. La única idea clara que tuve durante aproximadamente la siguiente media hora fue: Ni siquiera sabía que tuvieras un terapeuta, Diane.

Al cabo de un rato me levanté, fui al dormitorio y eché un vistazo. Toda su ropa había desaparecido (excepto un jersey que alguien le había regalado en broma y que tenía estampada la leyenda rubia rica con un material que brillaba como las lentejuelas), y la habitación presentaba un aspecto curioso. Daba impresión de desorden, como si Diane hubiera estado buscando algo por todas partes. Miré mis cosas para ver si se había llevado algo. Mientras lo hacía, tuve la sensación de que mis manos estaban frías y distantes, como si les hubieran inyectado una dosis de algún narcótico. Por lo que pude ver, todo lo que debía estar allí se encontraba en su sitio. No esperaba otra cosa pero, aun así, la habitación tenía un aspecto extraño, como si mi esposa hubiera tirado de ella de la misma manera que a ve-

ces se tiraba de la punta de los pelos cuando algo la sacaba de quicio.

Volví a la mesa del comedor (la cual se encontraba a un lado del salón; el piso sólo tenía cuatro habitaciones) y leí una vez más las seis líneas que Diane había dejado escritas. El mensaje era el mismo, pero el hecho de haber mirado en el dormitorio, con su extraño desarreglo, y el armario, medio vacío, me había inducido a darle crédito. Era una nota de lo más impersonal. No había ningún «Besos» ni un «Buena suerte», ni siquiera un «Te deseo lo mejor». Su calidez sólo daba para un «Cuídate». Justo debajo de esto había garabateado su nombre.

Terapeuta. Mi mirada volvía una y otra vez a aquella palabra. Terapeuta... Me dije que debía alegrarme de que no fuera «abogado», pero no me alegré. «Recibirás noticias de mi terapeuta, William Humboldt».

—Fíjate en esto, querida —le dije a la habitación vacía, y me di un apretón en la entrepierna. Pero el tono en que lo dije no fue ni firme ni divertido, que era lo que yo esperaba, y la cara que vi en el espejo del otro lado de la habitación estaba blanca como la tiza.

Entré en la cocina, me serví un vaso de zumo de naranja y, cuando fui a cogerlo, se me cayó al suelo. El zumo salpicó los cajones inferiores y el vaso se rompió. Sabía que me iba a cortar si intentaba recoger los cristales (me temblaban las manos), pero los recogí de todos modos y me corté. Sufrí dos cortes, aunque ninguno de los dos fue profundo. Seguía pensando que todo aquello era una broma, pero luego caía en la cuenta de que no lo era. Diane no era muy aficionada a las bromas. El problema era que no lo había previsto. Me había pillado totalmente por sorpresa. ¿A qué terapeuta se refería? ¿Cuándo lo veía? ¿De qué hablaba con él? Bueno, podía imaginarme de qué hablaría con él: de mí. Probablemente le contaría cosas como que nunca me acordaba de bajar el asiento del retrete tras echar una meada, que quería practicar el sexo oral tal cantidad de veces